



JULIO ORTEGA

Discurso crítico y formación nacional

Al reflexionar sobre las funciones del discurso literario en los varios procesos de la formación nacional, una primera evidencia se nos impone: los textos literarios son una práctica de la diferencia latinoamericana, y ponen en crisis, por lo mismo, tanto los modelos históricos de la representación de lo real como los códigos que representan la relación del sujeto y del objeto en el discurso. Pero si esta evidencia fue, en el pasado, pacificada por las interpretaciones globales del "mestizaje" y el "pluralismo", hoy sabemos, gracias a los mismos textos, que la práctica de la diferencia es un proceso más radical, que no se deja nivelar por la ilusión totalizadora. Primero, porque la existencia social no se ha hecho sino más conflictiva, y la distancia entre lo actual y lo virtual (Lévi-Strauss) más disputada por modelos antagónicos. Y, segundo, porque la noción de una objetividad en devenir (Gramsci) construida en el discurso literario ha ido haciéndose más compleja, subrayando el proceso de conocimiento interactivo producido por la cultura. No es casual que en la última década hayamos asistido a una reformulación teórica y crítica, que nos ha llevado a revisar la historia literaria, y, en verdad, el circuito entero del mensaje literario, frente y desde los espacios de la alteridad cultural, de la heterogeneidad formal, y de la intradiscursividad de una práctica de la escritura radicalizada por su propia capacidad para poner en crisis los repertorios dados. Esto es, por su función central transformadora.

Pensar esta práctica de transformación nos lleva a replantearnos una posible teoría del discurso crítico latinoamericano en el proceso cultural formativo de las nacionalidades más allá de la tradición sociológica weberiana de las funciones institucionales de los actores, cuyo carácter reduccionista se hace patente precisamente en estas instancias históricas conflictivas muy distintas de la sociedad burocratizada. En estas instancias formativas los sujetos se constituyen a partir de la exterioridad del Otro, que son varios otros, en la práctica conflictiva de lo comunitario. El nosotros colectivo de la cultura se construye desde las hipótesis de este saber social dramatizado por su proyecto democratizador comunitario; proyecto que está puesto en entredicho por las condiciones históricas reales, que refuerzan, precisamente, los límites de la persona social y del sujeto cultural. El primer drama del discurso literario y de su persuasión crítica es cómo, en efecto, representar las desarticulaciones de la formación nacional, su estado de transición; y, en consecuencia, como sostener la producción material, social y simbólica, del lugar comunitario, de su espacio dialógico. Porque, como es evidente, en América Latina los procesos de la formación nacional suponen contraprosos de des-formación nacional, de desnacionalización, tanto al interior como fuera del Estado.

Estos dramas del discurso son centrales a la práctica de la escritura actual. Frente a los modelos tradicionales del discurso apocalíptico y del discurso fundacional, el horizonte cotidiano de la crisis es reelaborado desde una épica de lo popular y femenino como articulación subvertora (en la narrativa de Diamela Eltit); como desamparo humanizado por el habla inmediata y colectiva (en la poesía última de José Emilio Pacheco); como relato oral del sujeto que rehúsa ser fijado por la letra de la autoridad (en las biografías descentradas de Alfredo Bryce Echenique); como alegorización de las voces tutelares de la cultura popular (en las fabulaciones callejeras de Luis Rafael Sánchez); y también, entre los jóvenes narradores de Centroamérica (Dante Liano, Horacio Castellanos Mota, Franz Galich), la crisis es procesada e internalizada en un relato del sujeto hecho por los lenguajes que lo disputan, sostenido por la palabra del diálogo. El uruguayo Mario Levrero y el argentino Rodolfo Enrique Fogwill, dos de los mejores escritores nuevos de América Latina, coinciden en una menos evidente desrepresentación del mundo narrado, que es el espacio de una catástrofe sin nombre; y en el cual el sujeto es una incertidumbre irónica, el lugar donde se entrecruzan los signos, a la vez, de pérdida y de asombro.

De tal modo que si en estos años la des-formación nacional se hace patente en la nueva dependencia financiera, la distribución internacional del trabajo, y la violencia desestructurante; en la dimensión de la cultura se vuelven a gestar las restituciones, las respuestas y las resistencias, los recursos, en fin, con que procesar y entender la intensidad acrecentada de la violencia. La teoría social, a veces entrampada en la vieja nostalgia opositora de mercado y comunidad, no ha explicado bien algunas respuestas populares como la expansión de los mercados informales, que el pensamiento neoconservador ha querido incautar como ejemplo de acceso al sistema capitalista, pero que, más bien, demuestra una recurrente pauta cultural: la socialización popular del mercado que es una respuesta a las varias crisis de nuestra modernización limitada.

De la experiencia de estos límites, de la incorporación de lo liminar y del umbral, se trata; de la cartografía discontinua de un espacio de reducciones y expulsiones, donde una y otra vez la cultura humaniza los bordes, las fronteras, los márgenes. Y todavía nos falta una teoría social de la marginalidad, cuya emergencia en Chile, por ejemplo, moderniza, desde fuera del sistema, una política de la cultura alterna a la supuestamente totalizadora de la burguesía y el Estado autoritario. Mientras que en el México actual un verdadero movimiento de reorganización de la sociedad civil se está dando fuera de la territorialidad controlada por el Estado y su esquema político antidemocrático. A este movimiento de la cultura por articular respuestas, suturar desgarramientos del tejido social, oponer interpretaciones y proyectos, corresponden las afirmaciones del poder transformador del lenguaje en la nueva literatura. Esa reserva de información puesta a reelaborar el lugar del sujeto recusado por los poderes demuestra, por otra parte, que la violencia no cobra sólo las víctimas sino también a los victimarios, a su discurso universalista, a su modelo central y autoritario, a sus códigos que naturalizan este verdadero mundo al revés. Si en el periodo de la formación de las nacionalidades y de los estados se impuso un discurso fundacional y utópico, que dramatizó el papel de los gestores y los modelos; en el actual periodo se impone un discurso desfundacional, donde la lógica de los modelos está en disputa, y donde ya no se trata de la nacionalidad sino de las naciones mismas puestas en zozobra por las desnacionalizaciones que buscan borrar las diferencias.

Ahora bien, si la teoría es un "programa de investigación" (no esencialista sino de interacciones), podemos asumir el texto literario latinoamericano como un discurso descentrado pero también descentrador; porque su marginalidad se auto-define en términos de la desconstrucción que opera sobre los repertorios fundados por la tradición occidental y sus instancias hispánica, humanista y cristiana. En ese sentido, estamos ante un discurso de alteridad, hecho desde una experiencia de los límites, con la voz inmediata de los Otros, y fuera del Museo y del Archivo, donde los catálogos prevén espacios y suplementos para la excepción que confirma al código. Estos nuevos objetos del arte latinoamericano no tendrían lugar en esos repertorios sino como pura exterioridad, como exceso y como hipóbole, cuya racionalidad económica y signica es intraducible; esto es, ajena a las transacciones del mercado de la cultura, de las inversiones del discurso. No es casual que las disciplinas de las ciencias sociales -en los países dominantes- empleen a abandonar la temática latinoamericana, cuya irresolución, cuyo "tercermundismo" (término derogativo en España), aparece como una entropía a los códigos de la lectura clasificadora. Los economistas son los últimos expertos en programar la información de estos países sin economía propia, pero se marcharán si los números cambian de manos. Hoy que la literatura "lite" predomina, estos textos latinoamericanos son de una legibilidad compleja ya que, al desfundar el circuito literario, ponen también en crisis el papel heroico del lector modernista. Por la patria, de Diamela Eltit, posiblemente la novela más importante de esta década, radicaliza su noción del margen: sus personajes, su lenguaje, su formulación están descentrados, pero también lo está su lectura, hecha fuera de las normas de la comunicación remunerada. Es esta diferencia que rehúsa fijarse, esta práctica del cambio como operativo textual, lo que trama en el texto literario un texto de cultura, donde se procesan, intercambian y preservan los signos de un reordenamiento propio y mayor.

Se trata, así, de una escritura culturalmente situada. Se produce en el escenario de una diferencia sin catálogo y produce sus transformaciones como un acto irrepetible. Y por eso se resiste a ser descifrada y cifrada por los repertorios y las funciones dados. Es una escritura

